

Argentina-Brasil

¿Matrimonio de conveniencia?

por Mario V. GUZMAN GALARZA

Para el presidente brasileño, Joao Baptista Figueiredo, Argentina y Brasil forman "una pareja de amantes indecisos que, venciendo finalmente sus respectivos orgullos, han logrado casarse". Si esto que ha dicho en conferencia de prensa es interesante, como reflejo emocional de un encuentro entre jefes de Estado, que muchos han calificado de pragmático más que de romántico, no deja de ser sorprendente e inquietante el que, al aludir simbólicamente al estado actual de las relaciones entre los dos paises más grandes de América Latina, esbozando una sonrisa de anticipado placer, el hombre fuerte del Brasil haya asegurado que "siempre se nutren el uno al otro, se aman, se quieren, se respetan, se quieren y que, ahora, empezaron a pensar en cuantas hijas van a tener".

Independientemente de que el simbolismo induce al análisis para determinar la trascendencia del supremo acto de entrega que supone tal matrimonio y sus consecuencias, resulta difícil definir los elementos morales del contrato, porque no hay ética ni veracidad en las declaraciones de los contrayentes. Para empezar, es notoria la ausencia de sinceridad cuando se invoca un amor antiguo para disimular la realidad histórica o la falta de legitimidad de las partes, dado que las dictaduras de Brasil y Argentina no expresan, de ninguna manera, la voluntad de los pueblos de ambas naciones.

UN FALSO AMOR COMO PRETEXTO

A nivel de gobiernos, en las camarillas que asaltaron el poder y en los altos mandos militares, que representaron siempre los intereses de las oligarquías nativas, tan estrechamente vinculadas al capital monopolista extranjero, es decir, enlazadas a los intereses de las corporaciones transnacionales y subordinadas, además, a la estrategia global de dominación imperialista de la región, nunca hubo amor del uno por el otro, sino que prevaleció la rivalidad egoísta, la desconfianza, el recelo y la pugna por la hegemonía, con todo lo que esto conlleva en la aplicación de políticas limitativas del desarrollo e integración económicas, fuera de una marcada sorda hostilidad en todos los actos de las relaciones internacionales.

Si la rivalidad de antes ya no existe, con lo que queda en claro cuál es el resultado de la entrevista: "la determinación de buscar juntos soluciones a nuestros problemas", como señaló el general Figueiredo, no cabe la menor duda que tal determinación se debe a la conveniencia de los gobiernos, para repartirse las subzonas de influencia y encarar juntos el nuevo giro de la política internacional, así como el deterioro económico y las presiones políticas internas que resultan de la protesta social contra la injusticia. El amor que se proclama, por tanto, es tan falso como son falsas, también, las bases del entendimiento; constituyendo, por el contrario, solamente un pretexto para institucionalizar las relaciones de dos regímenes autoritarios y establecer una alianza que, asegurando la libertad de acción del Brasil —como potencia intermedia— en otras direcciones, le permita formar junto con Argentina y las dictaduras del Uruguay, Chile y Paraguay, un cerco para impedir el avance de la insurgencia popular que reclama libertad, democracia y justicia social.

En lo que hay congruencia y veracidad, incluso, es en el señalamiento de los objetivos, como proyección de los intereses recíprocos de las dictaduras, porque mientras el presidente brasileño dice: "Queremos la unidad de los países latinoamericanos pero no como un bloque, sino en una forma de organización en que cada uno pueda defender sus intereses y los intereses latinoamericanos", el presidente argentino, general Jorge Rafael Videla, negó que su país hubiera formado una alianza o eje con el Brasil para imponer decisiones hegemónicas en el concierto latinoamericano, pero admitió que toda acción conjunta podría, eventualmente, tener "sentido positivo" para las restantes naciones del Cono Sur o de la Cuenca del Plata y no descartó "la necesidad de encarar el sistema de consultas bilaterales para una eventual situación de problemas con terceros países".

PROYECCIONES DE LA BODA

Está visto, entonces, que el Brasil se opone a los acuerdos multilaterales, a los que califica como bloques, para postular una unidad latinoamericana suigeneris, en la que los países pequeños y débiles no puedan defender sus intereses, en tanto que los más grandes asuman la defensa de los intereses latinoamericanos en los foros internacionales. Este proteccionismo, que no es tan puro ni tan simple, me hizo recordar que una vez el general brasileño Hugo Bethlem proclamó la necesidad de que Bolivia se convierta en un protectorado del Brasil, en presencia del general argentino Osiris Villegas, quien refrenó la pretensión con su silencio cómplice. La política hegemónica que se propugna, en consecuencia, no sólo es impura por sus aviesas intenciones, sino también por la complejidad de sus oscuros orígenes, dado que replantea un acercamiento entre los que sueñan con la nueva grandeza imperial del Brasil y los que anhelan reproducir el ancho mapa del Virreinato de Buenos Aires.

El general Videla es mucho más concreto en sus proposiciones y más audaz en sus propósitos, porque afirma que toda acción conjunta de Argentina y Brasil podría tener un sentido positivo para las demás naciones y se inclina, por ello, hacia el sistema de consultas bilaterales para que los dos países resuelvan los problemas que pudieran surgir con terceros países. De lo anterior se deduce que a la Argentina le interesa, tanto como a Brasil, superar el marco un tanto maltrecho de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y de la asociación de la Cuenca de Plata, muy disminuida en sus alcances, con la finalidad de competir con los países andinos e imponerse sobre el Acuerdo de Cartagena, para ensanchar el ámbito de su influencia desde los confines australes del Cono Sur, abarcando los literales del Atlántico al Pacífico, y llevar su política de presión sobre las costas del Caribe y Centroamérica. La decisión, en consecuencia, confirmaría lo que algunos analistas señalan como futuro de la América Latina para el año 2000; su carácter de nuevo centro de poder mundial, en virtud de elementos determinantes, como ser, el acercamiento entre Argentina y Brasil, ambos países con grandes adelantos tecnológicos, especialmente en el campo de la energía nuclear, y el poder económico de México y Venezuela, en virtud de sus ingentes riquezas petroleras.

Sin embargo, no crea que México contribuya al surgimiento de un nuevo centro de poder mundial, porque su proyecto global para el desarrollo de los energéticos es opuesto al hegemonismo, y el carácter revolucionario de su sistema político no permitirá que las potencias emergentes funden su poderío en la miseria de los demás pueblos. Por otra parte, en el interior de la Argentina y del Brasil, a pesar de que el primero aumenta cada día el número de desaparecidos por causa de la represión política y en el segundo se reproduce contra la trabajadora el odio represivo, no decae la lucha por la libertad y la democracia, por el respeto de los derechos humanos y la igualdad entre los pueblos y las naciones, reflejando este empeño la lucha por la paz y un nuevo orden económico internacional más justo.

A nivel de pueblos, por tanto, si hay amor y unidad en torno a esos nobles ideales y principios que se fundan en la libertad, como atributo fundamental de la dignidad humana, para constituirse en los cimientos de una nueva sociedad en la que el hombre viva y trabaje sin temor al hambre y la opresión, con pueblos libres de la dominación y de la independencia, sin hegemonías imperiales ni dictaduras, como las que ahora anuncian su matrimonio de convivencia, para disimular con pomposas declaraciones sus verdaderas intenciones. Si se examinan la declaración conjunta, los once acuerdos bilaterales y varios protocolos de convenios, se comprobará que la fraseología esconde el sentido real del entendimiento, porque lo que los dos gobiernos militares predicaban es lo contrario de lo que practican.

Se ha invocado en Buenos Aires la paz y la seguridad internacionales para denunciar la carrera armamentista, cuando los dos países se han incorporado, como productores, en el tráfico internacional de armas y están en condiciones, además, de utilizar los desechos radiactivos para fabricar armas atómicas. Se ha proclamado la autodeterminación de los pueblos y la abstención del uso de la fuerza, cuando en Argentina y en Brasil se ha usurpado la soberanía del pueblo y se ha recurrido a la fuerza para negar a los ciudadanos sus derechos y libertades democráticas. Se ha hablado de los derechos humanos y de la democracia republicana y pluralista, cuando nada de esto se respeta ni se viabiliza; pero la simulación era necesaria, como condición esencial de un matrimonio en el que solamente han participado los generales Videla y Figueiredo, porque los pueblos de Argentina y Brasil han estado y estarán siempre ausentes de las aberraciones que ofenden y lastiman la dignidad humana.